

Ave María Gratia Plena

NARRACION DE
CARACTER
HISTORICO

Premio "Regimiento 6 de Infantería" en los Juegos Florales de Mercedes - 1942.

El Jurado estuvo integrado por: Horacio Rega Molina, Conrado Nalé Roxlo, Pablo Rojas Paz, Marta Brunet, María de Villarino y Ana Sampal de Herrero.

A Natalia Montes de Oca

SANLUCAR de Barrameda. Casucha de pescadores. Año de 1543. Fué un deslumbramiento aquella expedición, la más suntuosa que saliera de España. Gente noble, hijosdalgo, un clérigo; Isabel de Guevara era el terror de las madres. Ella hablaba de la necesidad de pasar a las Indias, de la empresa heroica, del valor. Y las puertas se le cerraban y hubo quien la llamó como a la madre Teresa: "fémína inquieta y andariega".

Melchora Cáceres remendaba redes. Su vestido oía a pureza. Iba a la Iglesia del puerto con los zuecos nuevos, que rechinaban como condenados. Tenía el alma transparente, la cara rosada y los cabellos siempre húmedos con olor a mar.

Melchora Cáceres: ternura y misericordia. Isabel de Guevara: heroísmo, caridad.

Se encontraron un día, al salir de la novena, la hija humilde de pescadores y la rica andaluza descendiente de nobles. Isabel habló de la expedición de D. Pedro. Estaba todo listo, había recursos, se necesitaba gente joven, valiente que supiera renunciar a la vida cómoda y a cambio de todo ello, dos conquistas: la material y la del espíritu. A Melchora le pasó por la mente la frase del Evangelio: *Duc in altum*. "Simón Pedro: no tienes que temer, de hoy en adelante serán hombres los que has de pescar".

Pensó en su casucha de pescadora, en sus sacrificios, en la madre buena, y los hermanos, en el más pequeño. No obstante sintió que se le ensanchaba el horizonte, otro mundo, otra vida, no la de todos los días, la rutinaria, sino una vida nueva en una tierra ignota. Se lanzó a correr. Sus zuecos repiqueteaban en las veredas torcidas. *Duc in altum, Duc in altum*. Guía mar adentro. Se diría que su alma andaba en zuecos de madera gruesa y chirriante. *Duc in altum*. Francisco de Villalta, D. Pedro de Mendoza, Rodrigo de Cepeda y Ahumada, Luis de Miranda, Ulrico Schmidel, Diego de Mendoza, Juan de Ayolas, Galaz de Medrano, Juan de Osorio y además, la carabela sueño de sueños, vergas fuertes, jarcias resistentes para la tierra desconocida del oro, de la gloria, de la fama.

Llegó a su casa de madera y entró de golpe. Se le atiborró la boca de palabras. Caminaba tambaleándose. Era el atardecer. Una luz opalescente iluminaba la pieza. Corrió las cortinas de un manotón. Una quietud mística envolvía la alcoba rústica. Sobre una consola, dos velas encendidas lagrimeaban; su ruido se confundía con el de la oración de la madre. Del mar entraba un aire delgado: "Dios te salve María, llena eres de gracia..."

Y a Melchora le pareció que también la Virgen lloraba y que el Niño tenía una expresión entre dulzura y tristeza que no era ni una cosa ni la otra.

* * * * *

No había en la legislación ningún decreto que prohibiera el paso de mujeres a Indias. Para las solteras rezaban otras condiciones: que marchara con permiso del padre o tutor y cuando se lo creyere conveniente en razón de su estado.

Bien conocía las leyes Isabel de Guevara. No hubo llanto que conmoviera a las doce mujeres. Y eran doce para las comparaciones simbólicas de los viejos pescadores: "Doce, cabalmente... doce fueron los que siguieron a Cristo".

Tuvo fuerzas la madre de Melchora para llegar hasta el puerto el día de la partida. Fueron también sus hermanos. Miraban la carabela y a fe que lucía bien con su toldilla reluciente y la cubierta, flamante y segura y aquellas bonetas cosidas a la relinga inferior que hacían persignar a las madres como si en ellas prendiera su esperanza.

—"Mira mae cómo se mueven".— El más pequeño señalaba con la gorra azul.

—"Oye, mae, ¿qué es eso que habéis cosío la otra tarde "

—"Dime mae, ¿por qué te secas las lágrimas?"

Y como no había intención de respuesta, el chiquillo se asía de las faldas de Melchora. Todo el mundo miraba las fajas nombradas con las iniciales: A. M. G. P. Melchora explicó su significado. El agua mimosa recogió el balbuceo: AVE MARIA GRATIA PLENA.

Había un bullicio ensordecedor. La expedición partía.

"Que la Virgen os bendiga" — Mira, pues, hijo, de no andar en la misma tentación y no entenderte".

Ya se iban los bajeles lujosos. Ganado y plantas para el mundo nuevo. Sonreía D. Pedro felicísimo; allá atrás agitaba un pañuelo Isabel y a su lado Melchora recogía besos y recomendaciones. Su madre sonreía con sabor de lágrimas, una cruz, en el aire, trazada por la mano callosa, aureoló su figura. Allí se quedó hasta que el palo mayor, de pequeñito no pudo verse.

* * * * *

Santa María del Buen Aire. Aldea de paja y barro. Una empalizada de estacas rodeaba las chozas. En el centro, la "casa fuerte" de D. Pedro. Había un camino pisoteado y blancuzco por el cual pasaba todas las mañanas Rodrigo de Cepeda, estampa de conquistador, con su colete recamado de oro que su vida sacrificada iba gastando.

Mediodía. Olor de caldo gordo en escudilla de cobre. Salía Melchora Cáceres con pasos breves, las manos rosadas sosteniendo el mantel roto e incoloro. Se oyó una voz tras lo cortina amarilla. Dos golpes secos a manera de llamador: "Santas tardes nos dé Dios".

Melchora revolvió en su escudilla una lonja de carne. Malos tiempos iban llegando. Ya los españoles habían sostenido varios choques con los indios; a Melchora todavía le supuraba el ojal de una endiablada flecha.

¡Pobre su mae! La veía siempre, brillantes los ojos, las manos en alto... no hubo más remedio... que la Virgen del Carmen lo sabía. Allá en su casucha de Sanlúcar tal vez ardiera una candelera junto a su imagen. Llegó la Isabel con las mangas hechas un bollo en el codo. — "Hala niña que está flaca tu' alma" Isabel de Guevara, cabellos negro-azulados y ojos color de pozo profundo se recortó en la puerta. Carne morena y dura, amasijo de entereza, sabía poner fuego en los versos y armar ballestas, tenía la puntería certera y los pies firmes. La choza que ella habitaba con Melchora Cáceres olía a tienda de soldado. Nunca se la había visto llorar. Tenía la voz vibrante. Cantó durante todo el viaje. Ahora en la pampa aldeana, el alma se le salía por la boca en unas coplas. Por la noche el aire acre del río se colaba por las hendijas. Allá lejos, tenía la pampa su melena lacia y áspera. Pastos duros, cardo negro como el de Castilla, la pampa inmensa detrás del bosque lleno de hondura, espinillos y talas, urupís y las flores del ceibo sangrientas que adornaban el altar de la iglesia.

Santa María del Buen Ayre, patrona de los navegantes. Una carabela en la mano para símbolo de los conquistadores.

Muchos meses corrieron. Y penurias. Y cruces.

La vida de D. Pedro fué para ella pozo de misterio. Se fué luego el Adelantado sin que tuvieran más nuevas de él. Partía enfermo, llagado en cuerpo y alma.

Nada había quedado del boato. Nada más que un puñado de hombres débiles y mujeres pálidas.

A veces pensaba que era un castigo de Dios.

* * * * *

Vinieron la hambruna y el invierno. No había noticias ni bastimento. Diego de Mendoza ya había partido en busca de víveres con un grupo. Francisco de Villalta se disponía con doscientos hombres a marchar por las islas del delta.

Frente a la choza de la Cáceres, mirando el río terroso, vivía el lansquenete bávaro Ulrico Schmidel que hablaba un mal castellano para regocijo de los moradores del puerto de Sta. María. A la derecha, formando ángulo se levantaba la pequeñísima vivienda de Rodrigo de Cepeda y Ahumada, hermano de Teresa de Avila.

Murieron muchos hombres. Melchora lejos de abatirse creció en ánimo y vigor. Acompañaba al Padre Luis de Miranda en su ministerio y corría a llamar a su puerta cuando alguien pedía confesión. Después volvían con la cabeza gacha pensando que "había sido tamaña la hambre".

Hasta suela de zapatos y pellejo de ratas hirvió la escudilla cobriza de Melchora Cáceres. Las mujeres lavaban la ropa de los expedicionarios en el río. Isabel cuidaba de curar enfermos.

La noche caía como un telón de fondo. Hogueras encendidas cortaban el aire. De cuando en cuando un grito de mujer clavado en la obscuridad: "¡No te dejes morir!" El viento se bebía a sorbos largos la última palabra.

Por encima del foso, asomaban unas pupilas verdosas derretidas en luz: pumas y jaguares. Habrían olido quizás a "la intrusa".

* * * * *

Al comenzar julio, decidieron partir. La vida se les tornó imposible. No fueron necesarias muchas palabras. Preparar el buque y coser las velas. Partieron una mañana tibia de sol fragante. Soplaba un viento fresco. Las velas con los remiendos, se hinchaban tímidamente. Todos miraban el cielo ancho azul lavanda. Se oía el chasquido nervioso de los remos. Manos de mujer movían el agua verde-musgosa. Sobre cubierta, los hombres tendidos de cara al sol miraban arriba, con ojos que la languidez entristecía. De la toldilla salió Isabel de Guevara con la frente brillante:

"Santas tardes nos dé Dios?" "Santas tardes... sin pan..." gruñó Juan de Toledo con el brazo velludo enlazado a una cuerda.

Se había vuelto piel y huesos. Tenía los pómulos salientes y las ojeras como dos flores violáceas.

Melchora sentada en un banco remero sentía que por momentos sus brazos se prolongaban en el agua. Río arriba cantaban las muchachas una canción de su tierra. Con las manos sobre los remos, repasaba en su memoria la tarde aquella de su partida de Sanlúcar.

No podía olvidar la oración de la madre y su casucha y su Virgen del escapulario. Le salían al encuentro en las bonetas y en el escudo bruñido del Adelantado: A. M. G. P.

"¡Sacude! ¡Sacude!" Elvira a su lado, la zarandeaba sin piedad.

"¡Hala que está flaca tu alma!" Se había quedado como ausente. Miró el grupo de hombres. Y pensar que habían llegado ricos de fuerzas... ya no se oían relatos de buques fantasma ni leyendas marinas. Parecía un sueño el recuerdo del vino aquel que robaba la cena, la jarana, la mazamorra comida en cuellitas y la cecina salada.

Ahora "hambruna" y sed, las carnes flojas y el corazón deprimido. Suspiró hondamente. Cada día un hombre menos. Sólo las mujeres luchaban. Para ellas el fregar, el alzar los palos, el remendar velas, el escudriñar horizontes. Los hombres sólo miraban al cielo, hacia allá arriba...

Melchora seguía con su remo en la mano, los cabellos largos, tendidos sobre la frente, húmedos por el agua verdosa, los brazos extendidos, flacos, amarillos, las mejillas hundidas y los ojos extrañamente vidriosos.

Isabel lanzó un grito. Dió un salto hacia los bancos remeros y hubo un silencio devoto y azorado. Poco a poco se iba borrando la luz del atardecer. Melchora repetía con voz opaca: "Duc in altum, guía mar adentro. Maestro, toda la noche hemos estado fatigándonos..." ¡Ah los sermones de Fray José en Sanlúcar! Tomó aliento, y luego con un temblor extraño agregó: "¡Hambre!... Tengo hambre mae! Hambre. ¿Sabes tú, por ventura lo que es hambre?"

"¡Isabel! ¡Oh válame Dios que ni acabas de entender cuán cierto tenemos el castigo, Isabel! ¡Fuerza es que sigamos; la pesca no ha sido buena...! ¡mar adentro, mae!..."

En el hueco de ballestera y en la crujía miraban los hombres sin fuerzas para levantarse.

Sopló un vientecillo fresco. Los labios hinchados y lívidos de Melchora sonreían pálidamente. Estaba cuasi aturdida. ¡Pobre la mae buena que se quedó allá lejos!

No se veían los bordes del río y apenas los árboles y lianas eran una mancha verde oscura.

Se apagaba la voz en los oídos de Melchora Cáceres. Tenía el remo en la mano ampollada, su dedo índice despellejado por la aguja.

Melchora le dijo muy bajo a Isabel: "Cuando vuelvas a Sanlúcar (los ojos le brillaban como dos estrellas) cuida a mi mae... repítele que no le tenía dormía la fe..." Miró una vez más las bandas cosidas a la relinga inferior. El río quieto recogió la oración: Ave María gratia plena...

* * * * *

Fue la primera vez que la vieron llorar a Isabel de Guevara, carne morena y dura, amasijo de heroísmos.

Las manos ampolladas de Melchora Cáceres se abrieron en floración post-trera. El remo resbaló al agua. Hubo un chasquido vibrante como si mil gotas hubieran saltado de golpe. Pasó una ola.

El bergantín con las velas tendidas, se acercó a la orilla.

Melchora había muerto.

Los faroles de popa y bitácora parecían corazones desangrados. Allá arriba las bonetas se estrechaban en blando abrazo.

Y salió la luna, vaporosa como una túnica de virgen.